

LA ILUSIÓN EDUCATIVA

"Por mí, señor, de todo corazón lo haría; que no le guardo al joven rencor alguno. Se lo perdono todo, nada le censuro y quisiera servirle con lo mejor de mi ánimo. Pero el interés del Cielo no puede consentirlo, y si él vuelve a la casa debo salir yo de ella, porque tras su descomunal acción, todo trato entre los dos sería escandaloso. ¡Dios sabe lo que pensaría el mundo! Todo ello se tacharía de pura política; se diría por doquier que, sintiéndome culpable, fingía caritativo celo por quien me acusaba, y que mi corazón quería aprovechar esta coyuntura para poder reducir, con discreción, al mancebo a silencio."

(Molière, *Tartufo*, Acto IV, Escena Primera)

Es de sentido común considerar la educación como el punto de partida de nuestra vida social, y más precisamente aún de nuestra integración en la sociedad.

La educación, sea informal (a través de los padres, los parientes, los adultos en general) o formal (dentro de un sistema educativo elaborado como tal y consciente de sí mismo), es lo que condiciona, predetermina, liberándole o limitándole, al niño en sus formas de actuar en y relacionarse con la sociedad. Lo dice muy bien la *Biblia*, *Proverbios*, 22-6, cuando expresa: *"Instruye al niño en su camino,/ Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él."*

Es también de sentido común pensar, o, por lo menos, tener la sospecha que la forma en que educamos a los niños, y a las personas en general, depende de la manera que nuestra sociedad, en un momento dado, tiene de considerar el mundo.

Es así célebre la incoherencia educativa que consistía, en el tiempo de las colonias, enseñar a niños africanos, el lema: *"Nos ancêtres les Gaulois"*, el cual ha sido objeto de una famosa canción cómica: *"Faut rigoler"* (1960), popularizada por el cantante guayanés negro Henri Salvador (que la compuso en colaboración con Boris

Vian, quien escribió la letra), que la cantaba disfrazado de galo con largas trenzas rubias.

De la misma manera, proponemos de considerar que los programas televisivos que, desde hace unos veinte años ya, proponen espectáculos de competición y eliminación semana tras semana revelan algo de la concepción que nuestra sociedad se hace de la educación, y más aún de las zonas de sombras, o de los espacios borrosos de la ideología educativa para nuestra colectividad.

A. Todo empleo se aprende

Si consideramos un programa como *America's Next Top Model*, algo nos debería chocar desde el inicio: es bastante evidente que no se aprende a ser modelo. A lo sumo, como se ve en *Nikita* (1990, Luc Besson), se puede aprender a caminar, pero eso es cuestión de modales, y de pasarela. Sin embargo, a pesar de la lectura que quiere imponer el programa, y su versión brasileña, ser modelo no es ser actriz. Raras veces hay que leer líneas. Básicamente, se trata de plantearse ante una cámara porque se es bella, y punto. No es cierto que las modelos, de fotos o pasarela, tengan alguna aptitud relevante de comedia. Simplemente son bonitas, y no hay ninguna emoción comprobada en sus poses repetitivas, en catálogos de moda o fotos publicitarias, al lado de un perfume, un carro o una barra de chocolate.

Lo anterior no tiene que ver con la cuestión educativa en sí, pero sí con su representación; en particular en la idea, equivocada, que todo necesita ser enseñado, lo que no es cierto, idea llevada hasta lo absurdo, precisamente mediante la aparición de escuelas de modelaje o, en otro ámbito, de "*técnicos de superficie*", es decir, personal de limpieza, que, en nuestra sociedad tan desprotegida contra el desempleo, llega a niveles de absurdo nunca antes alcanzados, proponiendo formaciones hasta universitarias (aunque técnicas)

para llegar a ser limpiador, en Francia, desde el Certificado de Aptitud Profesional CAP (diploma con el que concluye la etapa del colegio para los que no entran al instituto) "*en mantenimiento e higiene de los locales*" ("*CAP maintenance et hygiène des locaux*") hasta el bachillerato profesional, y el Brevet (Diploma) de Técnico Superior (post-bachillerato) BTS en "*trabajos de la higiene, la limpieza y el medioambiente*" ("*Bac pro, BEP o BTS métiers de l'hygiène, de la propreté et de l'environnement*").

Esta idea de que todo se debe aprender (ser barrendero, ser modelo) predetermina una serie de valores, sobre los que juega la sociedad hacia el individuo:

1. El respeto a los mayores (los padres en primera instancia) como pozos de sabiduría, relacionado no tanto con la complejidad o pericia necesaria en su vida diaria, ni por sus alcances en la vida, sino por su edad y posición de prelación ante el niño.
2. El respeto, ante todo, ante la sociedad, que es el conjunto de los que saben mejor que uno cómo hacer las cosas, hasta las más sencillas, y que, aparentemente, no necesitan aprendizaje. Es el valor más importante que nos quiere inculcar la sociedad: la imperiosa e imprescindible necesidad que tendríamos de ella en todo, hasta en lo más mínimo.
3. Cabe precisar que dicha imprescindibilidad no es recíproca. Esto es la otra vertiente del aprendizaje: mientras tenemos que formarnos en todo (porque somos, parafraseando a Marcel Pagnol, "*malo(s) en todo*", derivación de una culpa, o incapacidad, original que no deja de tener algo de bíblico: el hijo debe obedecer al Padre, el hijo no vale sin el Padre), la sociedad lo sabe todo (es ella que maneja las necesidades del momento, que puede elegir sabiamente las carreras más provechosas para cada quien, por esto se arma de una serie

de herramientas normativas y restrictivas: los consejeros superiores de educación, los pedagógicos, los psicólogos, los ministerios de educación,...).

4. Ninguna salida es directa ni se puede dar fuera de la sociedad y sus normas (razón por la que se esmera en complejizarlas cada vez más, si mayor es la desgracia social y la crisis, más complicado e intrincado el sistema educativo, llegando, ya lo vimos, a enseñar hasta cómo barrer, haciéndonos creer así, o por lo menos esto es la pretensión, que la salvación está en la misma sociedad que provoca la crisis: si no hay trabajo, quedémonos más tiempo en la escuela, así no llenamos las salas de espera de las agencias de empleo, otra virtud de esta metodología: hacernos creer que si no encontramos trabajo es porque no somos lo suficientemente calificados, pero, para que funcione la premisa, hay que imponer su realidad, con fuerza de ley: ya no podemos decir que es sencillo barrer, si ahora hay hasta diplomas universitarios para enseñar cómo hacer, los cuales nos remiten no sólo al concepto de limpieza, obvio, sino de salubridad pública, que deja creer que el que, mal pagado por alguna alcaldía, debería manejar los principios epidemiológicos de expansión pandémica para poner la basura en el tanque).

B. El aprendizaje como actividad mística esotérica

Entrando ahora a la cuestión educativa en sí: curiosamente, esta premisa inicial (todo debe aprenderse, y sólo se puede mediante por la vía del recorrido social oficial) se encuentra contradicha por otra pretensión (sin embargo lógica dentro de la realidad: los adultos no saben, en general, más que los pedagógicos, cómo resolver los problemas sociales o económicos, ni, más sencillamente, los problemas de ecuaciones y geometría que los niños les traen de la

escuela, ellos también fueron malos en su tiempo, razón por la que la idea es esconder el desconocimiento, no decible, del adulto, detrás del cansancio, el enojo, y el mando al niño a hacer sus tareas, el padre no las revisará mientras el niño no las habrá hecho: el principio educativo de acompañamiento volviéndose otro, restrictivo, de corrección: de hecho, la corrección no importa, si el niño lo hace mal o bien, sea lo que sea lo que diga el padre, al día siguiente le tocará al profesor corregir la tarea, pero el padre no habrá tenido que enfrentarse a la difícil y odiosa tarea de reconocer su desconocimiento ante el hijo; ver algo poniendo una cara de preocupación es más fácil que intentar ponerse a resolver un problema, que no puede dejar jaque mate, con nuestro niño).

Así es llamativo ver cómo en las sesiones de fotos que, en *America's New Top Model*, se les impone a las muchachas, elegidas por su correspondencia con la idea de belleza que se hace el equipo de producción del programa (es decir, no porque tuvieran alguna formación previa o experiencia del mundo de la moda y los desfiles), Jay Manuel les da indicaciones muy superficiales, acompañadas de muecas y movimientos de manos, pidiéndoles que se dejen llevar por el momento, que lo den todo, criticando su postura o su incapacidad a relejarse. Las palabras de aliento o reproche de los fotógrafos o del mismo Manuel hacia las muchachas son capsulas interjectadas que se supone encierran un mensaje entendible y analizable (en sentido etimológico de: posible de descomponer), tales: "*¡Drama!*" Cuando, en realidad, son, nada más, alusiones evasivas a sentimientos que cada uno entiende como quiere (¿será el "*drama*" que quiere Manuel o el fotógrafo un drama shakespeariano, una lágrima, una emoción intensa, la representación de un sentimiento de susto, etc.?). Así Manuel les habla de: "*Dig into the emotion*", "*Show real emotion*", estar "*too posy*" o "*in the zone*", conceptos vagos que pretenden que "*La Emoción*" en sí sea algo revelador,

mientras, en tanto no está especificada, ni el camino hacia ella indicado con palabras, y, por último, con mímicas susceptibles de reproducirse, no es nada más que una idea amplia (el mundo emotivo u de las emociones, parte de la filosofía del conocimiento y de la filosofía moral), no relacionado con la técnica actoral o de representación, salvo a como el hablar de las estrellas (sin poder mencionar ni a una sola) se relaciona con la astrofísica.

Llegadas a la hora del juicio, ante Tyra Banks, ésta les da, a veces, algún que otro elemento de expresión facial (sustituyendo la explicación racional y verbal por la mueca supuestamente reveladora de algo), los cuales a nuestro parecer son muy similares siempre entre sí. Lo que, entonces, es interesante en este caso es la forma en que se recluta a muchachas que no conocen nada del mundo de la moda, sin pedirles ningún pre-requisito al respecto, salvo corresponder con los criterios de belleza de los jueces (pero esto no depende tanto de ellas como de su genética), y, sin enseñarles nada, o enseñándoles muy poco, acerca del porte, las técnicas de maquillaje (de hecho siempre son maquilladas por profesionales), la actuación, etc., se les pide sacar de dentro de sí mismas valores, sentimientos, y recursos, que se supone deberían estar en capacidad de reproducir, cuando nadie, en primera instancia, les enseñó cómo se hacía.

Nos parece haber, entonces, ahí una contradicción fundamental, y sin embargo es esto el centro del programa (traer a muchachas las herramientas para lograr ser modelos internacionales), entre el proceso (de no educación) y el resultado esperado (de logro de alguna meta, que, por ende, aparece, no como lógica dentro de un proceso, inexistente, acabamos de decirlo, sino mística de introspección, ni psicológica, ya que no pasa por ningún psicoanálisis).

Este mismo proceso se reproduce en todos los demás programas que se pueden mencionar, en particular en *Junior MasterChef Australia*, inspirado en otro, para adultos, *MasterChef Australia*, inspirado del inglés: *MasterChef*.

La principal idea educacional detrás de estos programas es que aprender es una tarea que depende de uno. Idea que corresponde a la manera en que los padres se comportan con sus hijos cuando éstos traen tareas a casa. Los ponen a hacerlas, pero sin ayudarles (la mayoría de las veces porque no saben, ellos mismos, cómo hacerlas), esperando que del niño surja alguna llama de Espíritu Santo de conocimiento que se derrame sobre él.

Lo que revela también, entonces, la ausencia de claridad sobre lo que se pretenda enseñar, ni por qué ni cómo. El caso es sin duda más notable tratándose, como dijimos, de un empleo que no necesita más que tener bonita apariencia.

Sin embargo, aún así, en su afán por dar consejos, los miembros del equipo, Banks primera, ante muchachas de por sí muy flacas, logran imponerles dietas más estrictas todavía de días para otros en pos de sesiones de fotos, que no justifican, ni por la meta buscada (seguir en la siguiente ronda del concurso, *They Shoot Horses, Don't They?*), ni por las pretensiones educativas del programa (¿cómo es posible que se ofrezca a millones de jóvenes a manera de ejemplo el auto-castigo y el maltrato al cuerpo propio hasta el martirio, contra los principios más evidentes de dietética y buena salud?), ni por la realidad física de la apariencia o la salud de las concursantes que no son ni gordas ni pasadas de peso (más allá de las fantasías sociales acerca de estos cuerpos malformados, famélicos, que no llegan nunca a desarrollarse del todo por falta de una sana nutrición, entre el mito freudiano y pederasta de la "*mujer con pene*" y la glorificación inconsciente de la malnutrición como valor de trabajo,

v. nuestro artículo sobre "*L'iconographie du gros aujourd'hui*" en *Deux essais pour comprendre la publicité aujourd'hui*, 2004).

La idea del genio individual, que subyace a la formulación educativa implícita de estos programas, expresa muy bien la dualidad que es para nuestra sociedad el fenómeno educativo:

1. Se debe dejar al estudiante la libertad de ser y pensar por sí mismo. Razón por la cual, en los llamados barrios difíciles, la violencia originada por el mismo acto de enseñanza (que implica el poder de evaluar y descartar, es decir, negar al otro, en este caso el estudiante) se transforma en violencia hacia el docente.
2. A la vez, la obligación (que busca componer por una argucia pseudo-didáctica, ya la vimos: todo se debe aprender, más tiempo toma mejor, para solventar las fallas económicas del sistema) de quedarse en la escuela (en Francia hasta los 16 años), originalmente relacionado con una voluntad de acabar con el trabajo infantil, resulta ser también de doble filo: libera el niño porque lo protege del trabajo a temprana edad, pero lo encierra en un círculo que, si no lo logra superar por cualidades propias (predisposiciones al estudio), lo lleva a una situación de derrota o *échec* permanente.
3. De la misma manera, se quiere imponer la imagen de una sociedad omnipotente y sabelotodo, cuando, en la realidad, muchas veces tanto los padres como los docentes son mal formados, y sin embargo, en este contexto, que predetermina la reproducción de la situación de *échec* (un padre que, con costo, sabe leer, y además nunca lo hace, si no es para ver los precios en las etiquetas de los productos, o leer las señales de tránsito, que, además, ya no necesita leer conociéndolas de memoria, difícilmente va a producir un hijo que sea un gran lector o un escritor dedicado), se espera

del niño que crezca, como la hierba salvaje, pero ofreciéndonos la más bella flor, tan bella como las que provienen del cultivo.

4. La importancia central de la idea del genio en nuestra sociedad: las estrellas juveniles, que tuvieron suerte de ser elegidas entre miles, o simplemente de ser hijos de padres del medio del entretenimiento (caso del bebé Jordy), que expresan ante las cámaras que, desde siempre, han querido ser cantantes o actores (cuando, muchas veces, además, sólo reproducen los deseos de sus padres, caso de Lindsay Lohan o de *Little Miss Perfect*), los programas sobre niños genios, las conferencias y libros donde se afirma esta particular chispa individual que hallamos en Leonardo, Van Gogh o Wagner, las películas que evocan siempre el poder de decisión que distingue al héroe (aún cuando es "nerd") de los demás, de nuevo, entonces, esta importancia central dada al concepto de genialidad favorece a la vez la derresponsabilización social ante la derrota individual (si no lo lograste es porque no tenías lo que se necesitaba), y el principio, que se nos quiere presentar como pedagógico, pero que realmente no lo es de tirar al pajarito fuera del nido, o, dicho de otra forma, de: "ingeníatelas como puedas".
5. Es así muy reveladora la relación en *American Idol* entre por un lado los performances de los candidatos, que se basan más que todo en lo que ya saben hacer (por lo que no se entiende bien el presupuesto inicial de extender sobre varias semanas una selección que no está fundada en procesos de mejoramiento en función de alguna propuesta educativa hacia los concursantes, sino nada más en la ideología de la eliminación como segmento de poder social sobre el individuo - el que nos gusta o no -), y por otro los

comentarios de los jueces, que expresan críticas sobre el performance (como si esto fuera la única vía de la enseñanza, cuando debería producirse la crítica previamente a la actuación pública, y en varios encuentros, no en una sola vez, donde lo malo está hecho, y nada puede componerse), y del *coach*, que, además de ser el mismo para todos, se satisface con dar algunas explicaciones (*sin querer queriendo* imitadas de las películas y series televisadas de artes marciales) sobre la personalidad del candidato (a como la ve él), o cómo ganar otra ronda (por ende, ahí también son palabras de aliento a la *Rocky*), pero que no representan un trabajo dedicado de tiempo con el cantante. De hecho, el mismo formato del programa es contradictorio con el del tiempo de aprendizaje. Si hay escuelas de canto y danza que implican varios años para llegar a ser medianamente bueno, siempre, evidentemente, partiendo de alguna cualidad original del infante para dedicarse a estas artes, es ridículo pensar que en una serie de encuentros, que todos corresponden a una meta de cumplimiento cabal (presentación pública) y no de evolución personal, se va a formar unos cantantes (muchos de los cantantes del concurso ya tienen carrera profesional en bares u otros) al oficio.

6. Esta representación pública (del espectáculo, no del fondo) de la ciencia médica o psicológica es lo que rige los innumerables *shows* donde pseudo-psicólogos o señoras (*Cristina, Casos de Familia, ¿Quién tiene la Razón?, Cosas de la Vida, Caso Cerrado,...*) que pretenden ser parangones de virtud presentando morbosamente eventos íntimos y familiares de lo más horrendos, en general mal interpretados y con guiones de lo más grotesco, abordan temas vivenciales

con la pretensión, ahí también absurda, de resolver casos psicológicos, fuera de los principios básicos de la psicología más elemental: a. poniendo los "pacientes" ante un público enemigo, lo que tiende más bien a provocar rechazo en el paciente y represión de los sentimientos, bloqueo más que apertura y posibilidad de evolución; b. insultándole como si el insulto fuera (a pesar de algunas menciones de Dolto al respecto) una herramienta psicológica, ahí donde el psicólogo debe ser lo más neutro posible (el choque puede servir, pero no en situación de humillación pública del paciente); c. expresando palabras finales, tajantes, al cabo de quince minutos de entrevista (cuando el proceso de cualquier introspección psicológica, aunque no sea psicoanalítica, ni pretenda ahondar en los rincones más profundo del individuo, necesita, por lo menos, una cuantas sesiones, comúnmente lo mínimo puede ir de tres meses a un año según la complejidad de la situación o del caso).

C. El aprendizaje como competencia despiadada

La concepción del aprendizaje y la enseñanza como un acto de relación mística reproduce muy bien en estos programas, que lo hacen no por reproducción sino por ignorancia, la imagen mental que nuestra sociedad tiene de dicha relación entre el docente y el alumno, y que fue promovida por los filmes de artes marciales: como en *Karate Kid*, el proceso de aprendizaje debe ser interno, guiado por un docente cuya enseñanza se esconde detrás de un palabrerío hecho de metáforas encontradas. Es exactamente lo que propone Jay Manuel a las concursantes: buscar en ellas recursos que él mismo no está en capacidad de proporcionarles claramente.

El programa *Junior MasterChef Australia* es el paradigma más absurdo pero a la vez revelador del pensamiento educativo de nuestra sociedad: de hecho, todos los programas de *reality-shows* que proponen a adultos entrar en una pseudo-escuela (de modelaje, cocina, alta costura, arte...) emiten una oración implícita: ponen al adulto en la situación del niño, asumiendo (por lo menos en el caso de la cocina, la alta costura o el arte) que los que participan tienen alguna pericia, competencia, aptitud, o experiencia previa. El principio de eliminación semana tras semana reproduce el modelo educativo tal como lo conocemos. Sin embargo, ¿no es trancar el sueño de niños: a. ponerles en una situación de estrés cantitativamente similar al que, con dificultad, pueden sufrir adultos; b. pedirles una pericia muy por encima de su edad; c. imponer una eliminación que les puede causar estragos psicológicos graves; d. poner en una competencia cuya ganancia es ridículo respecto de las tensiones que se les hace sufrir?

Este tipo de preguntas no sólo se plantea para este programa, sino por los que, como *Little Miss Perfect*, nos presentan niñas muy menores (entre 3 y 7 años) participando a concursos de Reinas de Bellezas, con vestidos de mujeres adultas, a veces muy

sexuales, y con entrenadores (incluyendo a los mismos padres) que les dan una idea del mundo muy negra y competitiva, dos críticas repetidamente hechas a estos programas por *The Soup* (del mismo canal E! que produce *Little Miss Perfect*).

C. La enseñanza como acto de poder

Si ahora nos volvemos hacia esta curiosa propuesta que es *Hell's Kitchen*, cuyo nombre es un juego de palabra con el lugar de Manhattan, nos encontramos ante un chef de acento inglés pronunciado: Gordon Ramsay, que, paradójicamente, tiene un vocabulario muy coloquial y grosero, hiriente hacia los candidatos, de insultos, misóginos y, simplemente, vulgares.

Es sorprendente en una sociedad tan miedosa y que se preocupa tanto de las más mínimas violencias o los más ínfimos quebrantamientos al discurso políticamente correcto que se nos representan debates sobre deslices imperceptibles de un profesor en películas como *Oleanna* (1994, David Mamet), o que es una preocupación central de la pedagogía actual "*no poner a los estudiantes en situación de derrota*", razón por la que se insta a los profesores, en las formaciones que reciben, a sólo armar interrogaciones y pruebas a las que saben que sus estudiantes podrán contestar, sin "*hacerles trampa*" (v. Mickael Fonton, "*Pourquoi je ne serai pas prof*", *Valeurs Actuelles*,

<http://www.valeursactuelles.com/actualite/societe/9t%C3%A9/pourquoi-je-ne-serai-pas-prof.html>) ver la desmultiplicación de programas violentos, y, en particular, que irrespetan a los candidatos, insultándoles.

Ahí donde no se permite, a un docente, reprochar a un estudiante su falta de trabajo, y hacerlo es visto como un error educativo (es así prohibido usar la nota cero porque es demasiado fuerte, por lo que, si un estudiante no entrega nada, se debe poner

NSP: No Se Presentó, aunque, al final, las máquinas no entendiendo de pedagogía lo transformen en la cifra originalmente prohibida nombrar - como lo es el nombre de Dios, del Diablo, o de Lord Voldemort en *Harry Potter* -), es, aparentemente para todos, aceptable que se le insulte a una persona en su cara, sin que pueda hacer nada al respecto en programas televisivos.

Es es tanto del gusto general que el chef Ramsay obtuvo otro programa (de título idénticamente alusivo y evocador): *Kitchen Nightmares* más, esta vez no en casa propia, sino trasladándose en los restaurante ajenos, para darse el lujo de ir a insultar a los propietarios *jusque chez eux*.

Esta presentación de la educación como un reto en el que el perdedor es asimismo vilipendiado en público, remitiéndonos a las antiguas técnicas educativas, corresponde también a la teatralización televisiva, por ende sublimada (en sentido psicológico), de lo que ocurre en el ámbito laboral: así lo demuestra la extraña correspondencia entre *Hell's Kitchen* y *The Apprentice*, con su tajante despido final en boca de Donald Trump: "*You're fired!*" Es el mismo principio que rige *The Biggest Loser*, programa de título a la vez de evidente doble sentido (tratándose de personas obesas, el ganador del programa es quien pierde más peso) y que juega sobre el concepto ofensivo de la frase, programa en el que atractivas entrenadoras (Kim Lyons, Cara Castronuova, Jillian Michaels) empujan los concursantes hasta el límite, tratándoles con el menor respeto posible. Este principio implícitamente sadomasoquista, ya utilizado desde los años 1960 por los productores de *The Avengers* en la figura emblemática de Mrs Emma Peel (encarnada por la inolvidable, en este aspecto, Diana Rigg), tuvo tanto éxito que Jillian Michaels obtuvo su propio programa: *Losing It With Jillian*, con el mismo doble principio: la contemplación de su escultural cuerpo,

mientras maltrata, para hacerle entrar en conciencia, física y emocionalmente, a un obeso totalmente sometido a ella.

Así:

1. El principio de obediencia, que hemos visto en el apartado anterior (B), pasa por la humillación pública, conforme un procedimiento altamente religioso (como en los casos de pseudo-curación por imposición de manos e reintegración al tejido colectivo en las misas televisadas evangélicas) y ritual (de pasaje, de iniciación, como ocurre en los grupos de jóvenes en la entrada en las universidades en los Estados Unidos o en las grandes escuelas en Francia, el famoso "*bizutage*"), este principio de obediencia es el que fundamenta el otro, de eliminación, en los juegos televisivos y en los programas citados.
2. Ante un jurado que interviene y humilla al individuo, éste debe quedar inmutable (reproduciendo el proceso educativo tal como lo conocemos), y hasta agradecer, una vez eliminado, la oportunidad que se lo ofreció al participar en el programa (lo que se ve mucho en *Project Runway* o *America's Next Top Model*). En todo caso, de *The Apprentice* a *Hell's Kitchen*, el guión implica siempre una frase cortante de despedida del perdedor, y su partida inmediata del juego y de la casa donde están alojados todos los concursantes. Es realmente curioso el doble lenguaje de la sociedad que, por un lado, impide a los docentes enseñar para no crear molestia en los estudiantes (v. Mickaël Fonton, "*Pourquoi je ne serai pas prof*", *Valeurs Actuelles*, <http://www.valeursactuelles.com/actualite/C3%A9s/soci%C3%A9t%C3%A9/pourquoi-je-ne-serai-pas-prof.html>, 28/01/2010: "*Une autre séance porte sur la notion d'évaluation, forcément délicate. Une stagiaire propose de glisser une question piège dans le texte d'interrogation. L'inconsciente! La formatrice bondit, sourire ironique aux lèvres: «Un piège? Vous voulez piéger vos élèves?*

*Vous êtes là pour les trier?» Avant d'ajouter, à l'intention de tous les stagiaires: «Étaler les notes ne doit pas constituer un objectif: il n'est pas interdit d'imaginer une classe où tout le monde aurait 15 de moyenne!» Et un peu plus tard encore: «Si un élève obtient la note de 2, mettez-lui 6, ça évitera de l'enfoncer, ça lui donnera l'espoir qu'il peut y arriver.» Ou encore cette phrase, à la limite de l'absurde: «Évitez les questions auxquelles l'élève ne pourra pas répondre s'il ne connaît pas la réponse... enfin s'il peut être bloqué par l'ignorance d'un terme ou d'une formule...» Somme toute, la règle est simple: «L'évaluation doit être valorisante pour l'élève.»»), mientras se complace en mostrarnos en programas televisivos como aplasta a sus miembros obligándoles a rebajarse y asumir cualquier humillación para ganar un poco de dinero (*Hell's Kitchen*, *Fear Factor*, *La Brosse à dents*, *Paris Hilton's My New BFF*), aún cuando en otros programas (*Jersey Shore*) nos enseña cómo personas inútiles a la misma sociedad hacen lo que mejor les place, usando indiscriminadamente de la violencia entre ellos mismos (entre novios y amigos: v. la repetida violencia física entre Ronnie, su novia y "The Situation"). Esta misma violencia es la que, contraparte de la permisividad ambiente, llega a extremos inauditos de violencia contra los jóvenes autistas en el Judge Rotenberg Educational Center (Massachusetts), mediante electrochoques (razón por la cual las Naciones Unidas pidieron un informe en el 2012 sobre este centro), recordándonos escenas de *I comme Icare* (1979, Henri Verneuil) o la violencia extrema de los juegos videos.*

3. La obediencia implica llegar a extremos, que los programas justifican después irónicamente por la codicia (y aunque en eso tengan razón) de los concursante, como comer insectos o tarántulas, extraer de baldes de líquidos hechos a partir de cucarachas licuadas patas podridas de cerdos (v. en particular *Fear Factor*, en Francia el programa *La brosse à dents* tuvo algo de eso, que retomó el todavía existente *Fort-Boyard*), etc.

4. Esta obediencia, relacionada con la humillación individual ante el grupo evidencia que, como ocurre en el ejército (y lo popularizaron las películas norteamericanas, a tal punto que existen ahora, sin que nadie se extrañe, programas televisivos sobre formación de jóvenes en campos religiosos o militares, donde se les maltrata), la escuela no tiene tanto que ver en la mentalidad colectiva con procesos de aprendizaje (ya dijimos que la mayoría de los programas parten del genio individual como premisa obligatoria), sino con procesos de socialización (y, viendo los programas como *Bachelor-PAD* o de sobrevivencia en islas, de tácticas de engaño y astucia contra los demás). Nos llaman en este sentido por un lado las palabras de una de las concursantes de *Bachelor-PAD* presentado en el canal *E!* latinoamericano en la segunda semana de mayo del 2012, quien, habiendo decidido irse del grupo, dijo que los juegos de alianzas le recordaban la secundaria, y por otro en la serie *The Big Bang Theory* la situación recurrente de los héroes de reunión, sea en el comedor de la Universidad, sea en el apartamento de Sheldon con el implícito estado de dominante de éste en el grupo con su lugar ("*It's my spot*" es una de sus frases conocidas) particular en la mesa.

D. Conclusión: la enseñanza como metáfora actoral

Las debilidades de este sistema educacional que es el nuestro, visible en su representación televisiva, que implica o, mejor dicho, se basa en los valores de orden (en vez de creación de inquietudes y de explicación por parte de los adultos ante éstas por parte de los infantes), obediencia (en vez de libertad de espíritu - que no es, como lo creen a menudo los estudiantes, de alboroto y disgregación por salvajismo de pandilla, lo que sigue siendo

permanecer dentro del marco de la obediencia al grupo, sino de auto-creación de interrogaciones pertinentes ante la vida -), y socialización (en vez de fomento de las cualidades personales), se ilustra perfectamente en la imagen, que siempre es muy expresiva del maestro de actuación ante sus alumnos, que, cuando les pide algo, en vez de explicárselo, se enoja y, desde su genialidad interna incomprensible, los trata a todos de imbéciles ya que no saben deletrear sus sutilezas internas.

Ahora bien, habiéndonos tocado dirigir obras con actores profesionales, ocurre esto por la falta de claridad, que antes evocamos, de lo que se pide, y esta misma ideología falsa de que un personaje se crea desde dentro, nada más (por lo que cada quien tiene que hacer con lo que tiene).

En realidad, la creación de un carácter debería pasar, a nivel externo, por la búsqueda de:

1. La acentuación de cada palabra dentro del texto en función de su contenido sociolectal;
2. La acentuación de la intención del pasaje respecto del contexto evolutivo de la obra (que predetermina el pasaje para la acción futura);
3. La creación del carácter desde las intenciones propuestas dentro del texto así analizado o abordado;
4. La creación del carácter por oposición o comparación con los demás de la obra;
5. Su creación desde los conocimientos de los sentimientos que se tiene por experiencia propia;
6. Su creación mediante la búsqueda del tipo clásico al que remite el personaje (a como la tradición no los da, lo que hace, por ejemplo, que los encargados de la selección de actores piensan al personaje desde estos modelos implícitos anteriores, eligiendo el actor en función de su

correspondencia con ellos: no cabe así duda de que el actor Jim Parsons que encarna a Sheldon en *The Big Bang Theory* fue elegido porque físicamente se parece al robot C3PO de *Star Wars*, así como, en su capacidad actoral en el personaje, al Sr. Spock de *Star Trek*).

7. La creación del carácter mediante la incorporación de la gestualidad, en particular asociada con cierto tipo de personajes o temperamentos (más clara cuando se trata de locos, minusválidos, mafiosos, etc.), caso concreto de Dustin Hoffman en *Rain Man* (1988, Barry Levinson). Es la búsqueda de coincidencia con el personaje original cuando se encarna a un personaje histórico, mediante la revisión, si las hay, de cintas auditivas o audiovisuales.

Y, a nivel interno, por la búsqueda de:

1. Acercamiento por identificación con los sentimientos del personaje.
2. Con la situación.
3. Por empatía e intento de acercamiento a las razones internas que motivan al personaje.
4. Por conocimiento del contexto vivencial del personaje (lo que corresponde al método del Actor Studio).

¿Qué nos deja ver todo lo anterior?

1. En primera instancia, y esto es lo principal, que la visión que nuestra sociedad tiene de la educación es una visión ritualizada, relacionada más con su entorno que con su contenido.
2. Que tiene que ver con una relación dialéctica, y hasta de enemistad, entre el estudiante y la sociedad (representada por el maestro), mediante el proceso de eliminación.

3. El cual es la prefiguración del sistema empresarial. De selección y despido. Que tiene más que ver con las decisiones de justicia de Tabarin ("*car tel est notre bon plaisir*", *OEuvres complètes de Tabarin avec les rencontres, fantaisies et coq-à-l'âne facétieux du baron de Gratelard*, éd. de Gustave Aventin, Paris, P. Jannet, 1858, t. II, p. 396) que con una seria aproximación a la persona, su currículo y su quehacer en dicha sociedad.
4. Por ende, que los valores representados no son de construcción, sino de limitación del individuo: de reducción de su espacio de individualidad y de libertad. Tiene que aceptar el rechazo, modelarse a las orientaciones que se le da, aún cuando no son claras.
5. Es una ritualización de eliminación que nos conforma para aceptar lo inaceptable:
6. En cuanto a injustificado, cuando los maestros no pueden expresar claramente su deseo ante el estudiante, por ende, como en matemática, si no se plantea bien la premisa, la conclusión será, obligatoriamente, errónea.
7. En cuanto a una relación de individualismo, pero en negativo, que no pasa por la auto-creación, desde la competencia personal, sino desde el juicio, selectivo, por ende menospreciativo (lo que, casualmente, no acepta la pedagogía contemporánea en el aula de clase), de la competencia del uno comparada con la de los demás.
8. En cuanto a una relación de individualismo, basada en una forma de excelencia que pasa por la mejor forma de derrotar al otro, no por la mayor habilidad o pericia. De hecho, es más importante la convivencia en los lugares y los juegos de apoyo o rechazo entre los concursantes que las cualidades personales o profesionales.

9. En cuanto a la incrementación de un gregarismo, que hace que, *por un puñado de dólares más*, se rebaja una persona a aceptar comer cualquier cosa, aguantar situaciones extremas, etc.
10. En cuanto a la incrementación de un gregarismo, que prepara la capacidad de rechazo y olvido rápido hacia el que pierde.
11. En cuanto a la incrementación de un gregarismo que pone las bases de una autoridad superior colectiva sobre el individuo.
12. Aún cuando dicha autoridad es sospechosa de no saber dónde poner su sombrero: así, es llamativo que los mismos políticos e intelectuales que, hace 20 años, pregonaban la elevación del nivel académico para todos, lo que no surtió efecto, porque el problema económico nunca ha sido realmente relacionado con el de la educación (o, para ser más claro, la educación nunca favoreció una mayor integración social a los individuos, sino no existirían los llamados "*sobrediplomados*", término de por sí ilógico en una sociedad que debería favorecer el mejoramiento, como decía José Martí, de la raza humana, el cual debería pasar a fuerza por el acceso ilimitado a una educación cada vez mayor y de mayor calidad), son los que ahora plantean formas de salidas más tempranas del sistema educativo general obligatorio (véase las propuestas de candidato a la presidencia de Nicolas Sarkozy en el 2012, y su idea de bajar la edad de salida posible del sistema educativo de los 16 años a los 14). Es, asimismo, cuando es peor la crisis, y más aguda y evidente la ausencia total de interés gubernamental o político para los que han votado por poner a los responsables en sus puestos, que, desmultiplicando las

palabras para, como dice el dicho, "*tapar el sol con un dedo*", se extiende (en Francia, concretamente), inútilmente (ya que no crea más empleos) el título del Ministerio del Trabajo a: "*Ministère du Travail, de l'Emploi et du Dialogue Social*" ("*Ministerio del Trabajo, del Empleo, y del Diálogo Social*"), sin temor, además de la falsificación y mentira descarada (en cuanto a la pretensión, que se sabe nunca se da, de "*diálogo social*"), al ridículo recurso, digno de un niño de preescolar, burdamente tautológico ("*Ministerio del Trabajo*" y "*del Empleo*", "*que no es lo mismo/ pero es igual*", como escribe Silvio Rodríguez en su canción "*Pequeña Serenata Diurna*" de su disco *Días y Flores* de 1975) en un grupo nominal que, ya que denomina una institución del Estado, debería ser más seria y concisamente elaborado (¿para qué volver complicado y kilométrico el simple nombre de un Ministerio, si no es con fines tontamente propagandísticos de autocomplacencia que no engañan a nadie más que a los que se las pasan inventando, muy, pero muy ingenuamente, tales fórmulas rimbombantes privadas del más mínimo sentido común - desgraciadamente, éstos sí tienen empleos, y están demasiado bien pagados con el dinero del erario público, es decir, de nuestro impuestos colectivos -?).

13. Aún cuando esta sociedad miente en sus procesos de selección, no entraremos aquí en la cuestión de las dos vías para ingresar en la función pública en Francia: la para el común de los mortales, por concurso externo, lo que la mayoría de las veces desemboca en el fracaso estruendoso, la para los con conocidos, que evita pasar por las molestias del concurso o de la oposición, fenómeno dual que se practica tanto en la función pública en general como, caso más preocupante, en el sistema educativo y la Universidad

en particular, para enfocarnos a los primeros concursos para creadores de programas de cocina. Perdieron, por las mismas razones que hacen curiosos los *shows* que, sin embargo, posteriormente, les fueron regalados: Kylie Kwong (recetas muy complejas, ingredientes inaccesibles); Guy Fieri (no se entendía la elección sistemática de comidas chatarras); Laura Calder (elección pretenciosa de la cocina francesa como centro de su programa).

14. La implementación de la idea de que, sin formación, se puede intentarlo todo.
15. La implementación de la idea de que, aún el que pierde, tiene otra oportunidad, que ser malo no importa. Aparentemente contradictoria con el olvido relativo y rápido en que caen los perdedores, pero lógica en lo que permite reducir el nivel de individualidad a cero (lo que favorece también la expedita secuencia de cada nueva temporada de estos programas), y hacernos creer que, lo que está bien a nivel de auto-estima, pero está mal a nivel educacional, lo que vale es el "*estar-ahí*" (modelizado por personalidades que no han hecho nada, y son famosas porque sí: Paris Hilton, *Jersey Shore*), no el *estar ahí por algo*. Peligrosamente, al invalidar el valor de la construcción individual, se promueve esta famosa ideología de que, si nada vale en la vida de uno, puede empezar de cero cada vez que a la sociedad se le ocurre sustituirle, o cambiarle de empleo.
16. La idea de que los que se presentan como maestros no tienen la obligación ni el compromiso de enseñarnos. Lo que permite validar la relación unilateral, propiciada por frases como la de John F. Kennedy ("*No te preguntes qué puede hacer tu país por ti, pregúntate que puedes hacer tú por tu país*") entre el individuo y la sociedad.

Ahí está la metáfora actoral: como el profesor de teatro, que prescinde de las bases elementales de su *saber-hacer* para enseñar, pareciera que la sociedad nos dice:

Dame todo, sin esperar de mí nada a cambio.

Por lo menos:

1. Ninguna *débouché*, vista a futuro u empleo que te aliente en tu duro recorrido.
2. Por ende, parece seguir diciendo, ninguna educación inteligente, sino carreras más improbables las unas que las otras.
3. Asimismo, ningún reconocimiento a la labor efectuado, a la pericia adquirida, a la edad, sino todo lo contrario, la búsqueda cada vez más fría de quitarte libertad, tiempo de descanso, seguro de vida, jubilación, reconocimiento, si eres joven al tiempo que nos puedes dar y a la juventud que nos regalará (la fuerza de trabajo, el "*valor agregado*" marxiano), si eres mayor tus años de experiencia, tus mayores conocimientos, el tiempo que nos va a ahorrar en formarte.
4. En fin, ninguna obligación de la sociedad o el Estado hacia ti. Sólo descentralizaciones si es preciso y nos conviene.
5. Ninguna seguridad profesional.
6. Ningún compromiso a largo plazo.
7. Ninguna estabilidad para ti o tu familia.

Así podemos ver cómo (en particular al analizar la dicotomía de los puntos 10 y 15 de la penúltima enumeración), en su organización educativa y en los programas que de ella son la fotografía ideológica instantánea y de la que reproducen la ritualidad (valga la redundancia) simbólica, la sociedad implementa y promueve, a la medida de sus necesidades e intereses específicos,

actitudes muy claramente definidas y estructuralmente organizadas de sadismo colectivo y masoquismo individual.